

DEPOSITO LEGAL

Per 68
1

EL SALMANTINO

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Salamanca 8 de Abril de 1909.



NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES
(Que se venera en la Capilla de la Vera-Cruz)





HOSANNA FILIO DÁVID

I

UNA de las manifestaciones más claras y evidentes de la bondad de Cristo Redentor, que resplandece en todos los actos de su vida admirable y ejemplar, es sin duda alguna el hecho grandioso de su entrada pacífica y triunfal en Jerusalén.

El Rey de los tiempos, cuya inconmensurable grandeza no tiene límites ni principio ni fin, porque Él es el principio y fin de todas las cosas, «causa de todas las causas» y centro donde nace y reside la vida espiritual inacabable, con potestad absoluta, eterna y soberana sobre todo lo que es, ha sido y será; ese Dios misericordioso que, como segunda persona de la Trinidad beatísima, vino á la tierra á operar la redención del humano linaje, condenado á eterno sufrir por sus prevaricaciones, cuando sube á la ciudad santa, investido de la plena autoridad de Sumo Sacerdote, entre los gritos de júbilo, entre las aclamaciones y cantos de alegría del pueblo judío, no escoge para presentarse ante la apiñada y entusiasta muchedumbre el carro de triunfo, recamado de oro y púrpura, conque el tirano orgulloso se envanece, salpicando á su paso de barro y de polvo al miserable pária que se arrastra por el suelo; no escoge tampoco la vana ostentación de una cohorte caballeresca, que con lucientes armaduras y al brillar de sus cascos y aceros realce el esplendor de su comitiva, ni menos procura que se tiendan á su paso ricos tapices, alfombrando la senda que ha de pisar: No; para darnos ejemplo de humildad y de amor al pobre escoge al pueblo, que tremola en sus manos palmas y laureles, arrojando á su tránsito las flores de los valles de Jerico y las capas tal vez sucias y harapientas; y como dijo el poeta:

—En manso animal cabalgando
Se acerca del mundo el Señor,
A diestra y siniestra lanzando
Benignas miradas de amor.
Por armas la palma y la oliva,
Por premio la fé siempre viva,
Eterno amor por ley!...

II

He aquí una prueba de la bondad y caridad de Cristo Redentor...
El Rey de cielos y tierra, no se desdenna de bajar al pueblo, de conversar y de vivir con el pueblo donde parece tener sus complacencias.—«Elevaré á los humildes, porque aquel que se ensalzare—dice El mismo—será humillado; y el que se humillare será ensalzado.»
¡Ejemplo sublime que deben imitar los ricos y poderosos del mundo!
Cristo quiso al establecer su reinado de paz que se considerase al pobre co-

mo á un hermano, socorriéndole en su miseria, puesto que El, sin acepción de personas, se sacrificó por todos y cada uno de los hombres...

Por eso, con mucha razón, el pueblo hebreo, al prorrumpir en gritos de júbilo, aclamándole con fervorosa alegría, exclamaba entusiasmado:

—Hosanna, al Hijo de David. Bendito sea el que viene en nombre del Señor.

ANDRÉS.

LA NEGACION DE PEDRO

En el silencio de la noche oscura,
que el alma contempló llena de espanto,
sonó otra vez el misterioso canto
y otra vez negó Pedro, á la ventura.

De Cristo la mirada con tristura
clavóse en su pupila, y entró tanto,
que Pedro se deshizo en triste llanto
y fué á ocultar muy lejos su amargura.

¡Qué mirada tan tierna y tan sentida
debieron expresar aquellos ojos,
donde estaba el misterio de la vida

que aun hoy arranca al pecador sonrojos,
y el alma que se siente dolorida
á su vista detiene sus enojos...!

A.





Á LA VIRGEN DE LOS DOLORES

Madre amorosa, perdón
que yo le sacrificué.
José Zorrilla.

La frente inclinas al suelo
Y el llanto tu rostro abrasa,
Madre mía ¿qué te pasa
Que tan profundo es tu duelo?

¿Por qué, Madre celestial,
Símbolo de tu quebranto
Envuelves fúnebre manto
Tu figura virginal?

¿Qué significan, qué son
Esas terribles espadas
Cuyas puntas aceradas
Traspasan tu corazón?

¿Por qué lloras, Madre mía,
Y vá ese llanto á raudales
Tus mejillas celestiales
Surcando, Virgen María?

¿Te horroriza esa visión
Donde en profético sueño,
Miras pendiente de un leño
Al Hijo del corazón?

¿Lloras porque Herodes cruel
Sobre Jesús cterne airada
Amenazadora espada,
Y huyes por librarle de él?

¿O es que el rostro en llanto bañas
Y sientes el pecho herido,
Viendo tres días perdido
Al Hijo de tus entrañas?

¿Qué causa tu desventura?
¿Ver ese manso cordero
Cruzando con el madero
La calle de la Amargura?

¿Mirarle en la cruz clavado
Bañándole sudor frío?
¿Oírle gritar: «¡Dios mío!
¿Porqué me has desamparado?»

¿Lloras, ¡oh Virgen María!
Al verle en tus brazos yerto?
¿Lloras viendo que está muerto
El que fué la luz del día?

¿Madre, Madre! escúchame:
Yo he causado tu aflicción.
Virgen bendita, perdón
¿Que yo le crucifiqué!

MARIANO ARENILLAS.

CALVARIO Y RESURRECCIÓN

«Hé aquí que ha sido puesto para la ruina y
resurrección de muchos en Israel y como sig-
no de contradicción». — (Luc. II, 34).

I

DE nuevo al llegar la Semana Santa, que tantos y tan variados recuerdos, trae á la memoria del cristiano, parecen repetirse aquellos días de luto para el cielo y la tierra, en que lloraron los ángeles la muerte de Jesús y en los que consumaron los hombres el espantoso deicidio, que en holocausto sangriento expiara los crímenes de la humanidad prevaricadora.

El cuadro es acabado; y, por lo mismo, sin bosquejos ni diseños, que pudieran descomponer la terrorífica armonía del conjunto, se puede penetrar en el estudio de sus más profundos toques de claro-oscuro para hacer más intenso y vivo el contraste de la luz con las sombras, que se esfuman hacia el fondo, cerrando el horizonte, velado por negros crespones, que sólo alumbra la centella fulminada por Jehová, rompiendo en girones el seno tormentoso de las nubes del fanatismo sectario, de la impiedad incrédula y sacrílega, que pretenden eclipsar la luz del Sol de justicia.

¡Vano intento..! No importa que se pierdan en el vacío de los espacios los vaticinios del profeta Jeremías, aquellas terribles predicciones, llenas de dolor y angustia; y que no hallen eco sus trenos, aquellos cantos elegíacos, nuncios de espantosas catástrofes, en el corazón altivo y desdeñoso del pueblo judío...



CAMINO DEL CALVARIO

No importa que Jesucristo, contemplando el magnífico templo de la Ciudad Santa, llore al profetizar su ruina; porque «de todo aquello no quedará piedra sobre piedra...» En vano clamarán uno y otro exhortando á penitencia á la plebe con aquellas sentidas palabras: *Jerusalém, Jerusalém convertere ad Dominum Deum tuum...* No serán oídos.

Por el contrario, los fariseos, hipócritas y envidiosos, los sacerdotes de la ley, sedientos de la sangre del Justo y poseídos de satánica rabia, soliviantarán las masas, haciéndolas gritar inconscientemente: *Crucifige, crucifige eum*; prefiriendo libertar á un asesino antes que al Nazareno, y no pararán hasta llevar al suplicio al Hijo de Dios.

Y subirá al patíbulo infamante ante la vista del populacho, feroz é implaca-

ble, que le insulta y escarnece, mientras el tigre sanguinario se goza en ver consumado su crimen, ensañándose cruelmente en la inocente víctima. ¡No importa!

El sol y la luna negarán su luz á la tierra, y cuando estalle el trueno en fragoso estruendo, cruzando el rayo los espacios siderales con siniestros resplandores, y cuando, conmovidos los polos del planeta, tiemble el mundo en angustiosas convulsiones; cuando rompiéndose los peñascos y desgajándose los montes rueden sus fragmentos á impulsos del vértigo que los arrastra en confuso remolino, como hojas secas que empuja el vendaval; cuando los muertos salgan de las tumbas, en vueltos en blancos sudarios, y se rompa el velo del templo y la mar brome iracunda, como serpiente herida, amenazando al cielo con sus olas encrespadas, que se alzan gigantes, viniendo á romperse con rabiosa furia contra las rocas de la playa; cuando finalmente, el bárbaro soldado atraviese el pecho del Redentor y alguno clame, en son de mofa: *Si filius Dei es, descende de cruce*, entonces, obedeciendo á los nobles y generosos sentimientos de su alma, la voz de un creyente, la voz del centurión romano, pronunciará la frase sacrosanta, que sellará el martirio con el sello de la verdad y de la fe: «En verdad que Este era Hijo de Dios».

Consumado el sacrificio, quedará el Cristo oculto por espacio de tres días en el sepulcro, mientras que su afligida Madre llora sin consuelo, atravesado el corazón por la espada del dolor más grande que afligiera humano pecho. ¡No importa!

Llegará el día tercero, llegará el momento venturoso en que, cubierto de gloria y haciendo estremecer y temblar á sus cobardes guardias, salga nuevamente á la luz del mundo para mostrar su grandeza conculcando á sus enemigos, que con el estigma infamante grabado en su frente, se dispersarán por la tierra, vagando errantes, sin patria ni hogar, escupidos en el rostro y odiados por toda sociedad humana.

«¡Miserable pueblo de Judá! en tus ojos
Tu avaricia febril puso una venda,
Y Dios te ha condenado en tus enojos
A vender de tu herencia los despojos
De lugar en lugar, de tienda en tienda».

—Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos—había gritado el pueblo, instigado por los sacerdotes: y, en efecto, la sangre preciosa de Jesús cayó sobre ellos, y con ella la maldición eterna que desde aquel momento pesa sobre sus generaciones: «Hé aquí ha sido puesto para la ruina y resurrección de muchos en Israel y como signo de contradicción».

Pero no olvidemos que la obra bendita de la redención fué para todos.

Acaso el pueblo cristiano de hoy aseméjase al pueblo judío... Haced, por lo tanto penitencia, para que los frutos de la pasión de Cristo, sean frutos de vida y de salud.

R.



ÍNTIMA

Soñé..... Mi fantasía
voló por las regiones de la idea,
indómita y bravía,
como el ave que indómita aletea,
cirniéndose en la altura.....
Y fueron mis quimeras é ilusiones
atisbos de ventura,
despiertos al calor de las pasiones;
sentires halagüeños,
de un cariño sin fin y sin medida
que la loca ambición forjó en ensueños
de los gratos placeres de la vida.

Era el suspiro de mis ansias locas,
el grito libre del amor callado
que como el mar airado
cuando se empina á las ingentes rocas
desbórdase en rompiente burbujante,
cantando el himno del poder gigante.
Y á los espacios se lanzó mi anhelo,
trás los fantamas que la mente crea,
con ansia firme de escalar el cielo.....
Pero ¡ay! doquiera la aflicción palpita,
revelando al conjuro de la idea,
recuerdos tristes del amor perdido,
que surgen de las sombras del olvido.

Roto el ensueño como flor marchita,
que deshojara con su soplo el viento,
á mi vista rodaron desgajadas,
por valles y quebradas,
las sombras de mi altivo pensamiento.

Es así la inconstancia de la suerte,
voluble como sombra que se aleja
en alas de la muerte,
y que á cambio de un bien hartó engañoso
solo el dolor nos deja,
sin tregua ni reposo.....

De entonces peregrino
voy en pos de la vida que no muere
pisando los abrojos del camino,
y al sentir el azote que me hiere
no halla reposo ni dolor profundo,
que de ingrato vivir es el emblema,
en los placeres que me ofrece el mundo;
ni entretienen mis horas de agonía
las fúlgidas estrofas del poema
que en épicos cantares
de ruda sinfonía
percíbense á la orilla de los mares.

Hora es la vida que mi fin advierte
y buscando al dolor algún consuelo

me habla de Dios en su grandiosa muerte;
y en esa historia de sublime duelo,
ante mi Dios de hinojos,
detiéndose á mirar tristes mis ojos.



Cristo en la cruz por nuestro amor clavado,
al Padre entrega su preciosa vida,
sangrando de su pecho la honda herida,
que le abriera la lanza del soldado.

Raudal copioso de salud me ofrece
y á beber en su pecho me convida,
en tanto que de amor ya desfallece.....

Dejad que arrepentido
llore á sus pies para calmar mi pena,
con llanto bien sentido,
que la quietud serena
de aquesta noche en calma,
convida á meditar mi pobre alma.

Y los que andáis en sombras caminando,
mirad sus ojos que os están mirando
del alto de la Cruz. Amor respiran;
nublos sus ojos con piedad nos miran
y á su luz las tinieblas van pasando.

Abramos nuestro pecho á la esperanza
con ánsia de vivir..... Que Dios lo quiere
y es la cruz como faro de bonanza,
donde brilla la luz que nunca muere.

El TROVADOR.

“AIRES CHARROS,”

La tía “Viernes Santo,”

ERA la hembra de alta guisa, espíritu templado al fuego de la fé tradicional; de todos conocida y respetada, como institución gloriosa de la raza, último vástago de las generaciones de pro, que dieron caracter al solar castellano... historia viviente de la mujer española; alma charra del temple de acero.

Había asistido en sus mocedades á las luchas épicas de la independencia patria, enamorando al lancero galán que rindió á los pies de su jaco trotón las ágiles imperiales, guerreando por su Dios y por su España y por aquella garri-da mozueta, sostén de sus amores.

Pasaron aquellos tiempos de intenso vivir; y quedó sola con sus recuerdos y sus cariños, cifrados en la fé de sus mayores, en el secreto de la herencia de hidalguía, esperanza de sus íntimos sentires.

Y era ella la mujer de entereza varonil, semejante á aquellas piadosas mu- jeres que acompañaron á Cristo hasta el Calvario mientras los hombrones que á su lado aprendieron enseñanzas sublimes, huían poseídos de temor profundo.

Por esto la querían y veneraban las gentes del lugar, de aquella humilde al- dea donde á menudo sonaban en las soledades de los campos las tonadas de pa- sión, aprendidas de sus labios, con dejos de cadencias desgarradas, monótonas y solemnes, invitando á meditar en los grandes misterios de la vida.

Y no era extraño que la marrullería del pueblo la hubiera bautizado con el mote de tía «Viernes Santo», de que ella se mostraba ufana.

Nació aquel título de una costumbre suya, de la que ya tal vez no haya me- moria; pero que tiene una intensidad contemplativa de espíritu cristiano, de sa- bía primitiva, muy apropiado para rumiar las grandezas de estos días de pasión, en que el espíritu se reconcentra á sus solas dentro del Espíritu de Cristo, muer- to por nuestro amor.

Al morir de la tarde, cuando terminadas las cruces ibáanse las gentes silen- ciosas al retiro de sus hogares, dando vagar á los hondos sentimientos acaricia- dos junto al ara bendita, acostumbrada la tía «Viernes Santo» á reunir á las mu- chachas del lugar, y comenzaba un nuevo Calvario, original como ninguno...

En el camino de la iglesia
me encontré con Satanás
y le dije:—Conmigo no te meterás
porque el día de la cruz
dije mil veces Jesús, Jesús, Jesús...

Y así *andaban* las cruces, salmodiando esta plegaria, ingénua y sentida, de sencillez sublime, que entraba dentro, muy adentro, conmoviendo el ánimo, despertando afectos de compasión y de ternura.

Ved como alentaba el espíritu cristiano en el sentir hidalgo de nuestros mayores.

Ahora apenas vive en nosotros el recuerdo de aquellas demostraciones de una fé ciega que los hizo grandes, porque la generación presente ríe como loca lo que no entiende, incapaz de grandezas y entusiasmos.

Pero todavía en los rincones olvidados de la aldea late el espíritu de la tra- dición, brioso y pujante; y de esto que vive en el alma del pueblo aprendamos á sentir y á trabajar, que mucho enseña.

A. RUBIO POLO.

Imp. Católica Salmanticense, Arroyo del Carmen, 15.



